

¿Por qué FIESTA NACIONAL?

Por JOSE MARIA PEMAN
(De la Real Academia Española)



UNA «nación» es una de las cosas más difíciles de definir y perfilar. Desde luego hay una parte en ellas—y en cualquier fenómeno «nacional»—de espontaneidad telúrica, folklórica y silvestre. Pero «lo espontáneo», como «lo típico», es un valor equívoco de muy peligrosa manipulación. ¿Qué es «típico»—en el sentido de signo cargado de sentido expresivo de lo español—: la gorrilla de visera echada sobre la frente, de los chulillos de sainete castizo? Pero parece que esa gorra es la gorra inglesa de los hampones de los muelles del Támesis, que la trajeron a España con Lord Wellingtón. ¿Los coloristas trajes populares de Lagartera o la Alcarria? Pero, cuidado: dicen que muchos están tomados de tapices franceses, de estilo arcádico, a lo Wateau. ¿El mantón de Manila? Pero ya lo dice su nombre: de Manila...

¿Los toros, entonces? También ha habido en esto sus violentos sostenedores de la decepción. Desde luego «los toros»—la fiesta «nacional»—se organizó y perfiló dentro de las líneas que hoy conserva, en pleno siglo XVIII; en un siglo europeizante, ilustrado de «populismo dirigido». Los toros cuajaron a fuerza de reglamentos, disposiciones y mimos autoritarios, de arriba abajo. Al fin y al cabo, lo mismo que la cerámica popular, cuyos modelos—en Manises, por ejemplo—buscaron Carlos III y sus ilustrados ministros, en su deseo de proteger el artesanado y la pequeña industria. Yo no sé si es cierto, como supone Pepe Bergamín, que la suerte de banderillas la inventó un torero francés. Si así es, acaso sea expresión de ese sentido de simetría propio de la mente francesa y que hace que cuando se ha colocado un jarrón en un extremo de una chimenea haya necesidad ineludible de colocar otro en el extremo contrario. Como las banderillas... Lo cierto es que, sea como sea, todos esos ingredientes ilustrados, afrancesados o gubernativos han sido fundidos en una creación perfecta que merece el apellido de «nacional», o de «popular», por lo que lo merecen siempre las cosas que alcanzan tan alta condecoración: por el ruidoso calor de aceptación y asimilación que el pueblo ha puesto en ellas.

¿Acaso «la nación» misma, base y sustento del adjetivo, no es una construcción hecha de ese mismo modo, con una parte de calor popular, de asentimiento espontáneo, y una parte, todavía mayor, que va a su encuentro, de organización y decisión desde arriba? Una nación es en gran parte una cosa decidida y organizada resueltamente. La prueba es que en el torrente léxico, donde tan difícil es meter cualquier palabra nueva, se aclimatan en seguida y florecen de pasión mística los grandes «neologismos» que bautizan naciones. Bolivia o Colombia o Argentina son nombres que revelan la pensada y casi estética elaboración de los productos que etiquetan. Sin embargo, a los pocos años de su invención eran sostenedores de entusiasmos trepidantes y nacionalistas. Sobre una mesa construyeron los diplomáticos hace unos años esos ingeniosos anagramas que son el Benelux o el Pakistán, y sin embargo hay ya mucha gente dispuesta a dar su sangre por tan detonantes y explosivos neologismos.

Pues si la «nación» en sí misma se hace con elementos tan volitivos y con tan programáticas resoluciones, ¿cómo nos vamos a extrañar de que las cosas «nacionales» puedan construirse de semejante modo? El «pueblo» es algo mucho más comprensivo que lo que quiere la demagogia. Floridablanca dando un reglamento de toros; Moratín, el culto y europeo, cantando a Pedro Romero; Goya pintando a Cúchares; las duquesas enamorándose de los toreros: todo eso es «pueblo» en ebullición y entendimiento; enjambre fabricando su miel. Lo que sale de ahí es «nacional» precisamente porque es un maravilloso producto equilibrado de sol y sombra; de griterío, irrespetuosidad, puntualidad y reglamento. Nada más inapelable que la autoridad de un presidente de toros. Nada más rápida y sonoramente juzgado y sancionado. Por eso la plaza de toros es «ágora», y dentro de ella hay una enorme cantidad de auténtica nación.

Probablemente el secreto de todo está en que hay un fondo subconsciente, comunal, que en los toros se libera y expansiona y pone de relieve cosas raciales (no me gusta la palabra, pero ya me entienden) y psicológicas que están más allá del precio y el sitio de cada localidad. Hasta cuando se «dividen las opiniones» hay una «opinión» previa y dura que no se divide: que es esa que llevó a todos allí a sentarse, codo con codo, en un graderío circular y continuo.

Por eso es privilegio de los verdaderos pueblos viejos el expresarse en fiestas comunes, sonoras e indiscutidas. Los hombres como las montañas, se unen por abajo, por las bases. Muchas veces piensan de modo distinto; pero cuando se divierten unidos por manera unánime hay «nación». Porque es la «diversión» la que libera y saca fuera los sustratos profundos de una comunidad. «Divertirse» significa, es cierto, separarse. Pero es «separarse» de uno mismo y «encontrarse» con los demás... Unicamente los pueblos viejos logran «fiestas» comunes, como las tuvo Grecia. Los americanos del Norte todavía no han encontrado su expresión festival, y tienen que contratarle al negro su alegría, poniéndole un saxofón en la mano y encargándole que haga, a nombre de ellos, el ruido a que su tradición puritana no les consiente. El jazz-band es una alegría contratada. La corrida de toros es una fiesta nacional.

